

ALBERTO EDWARDS Y SU CONSERVADOR DETECTIVE
ROMÁN CALVO*

Clemens A. Franken K.
Pontificia Universidad Católica de Chile

El abogado, periodista, diputado, varias veces ministro, historiador y cuentista Alberto Edwards es, sin duda, uno de los intelectuales chilenos más relevantes e interesantes de la primera mitad del siglo XX. Junto con sus amigos Francisco A. Encina y Jaime Eyzaguirre fue uno de los tres historiadores chilenos “que trascendieron el horizonte local y buscaron nuevos hechos significativos, procurando situar la realidad pasada en una síntesis histórica globalizante, explicativa del camino y del sentido del ser nacional” (De Ramón 42).

Nacido en Valparaíso, en 1874, donde también realizó sus estudios primarios y secundarios, este “mejor ensayista histórico” (Góngora 409) chileno sigue luego, en forma brillante, la carrera de Leyes en Santiago, obteniendo su título de abogado en 1896. De vuelta en Valparaíso, ejerce su profesión y siendo, en el fondo, más bien un hombre de estudios y de teoría, se enrola en el Partido Nacional, lo que en 1909 lo lleva a iniciar su carrera política presentándose como candidato a diputado por su distrito natal. Después de tres años de práctica política partidista no vuelve más al Congreso como diputado o senador, sino como Ministro de Hacienda, Educación Pública y Relaciones Exteriores, en contadas ocasiones, y siempre solo por algunos meses. Recién en su penúltimo año de vida, en 1931, fundó como Ministro de Educación Pública del presidente Carlos Ibáñez, el Instituto de Ciencias de Chile y ordenó la edición de una *Historia física y natural de Chile*, mostrándose así como un defensor y propulsor de las ciencias en su país.

* Este artículo forma parte del Proyecto FONDECYT N° 1040983 titulado “El detective en la narrativa policial chilena del siglo XX”.

Después de su más bien breve y mala experiencia práctica parlamentaria, que confirma solamente sus posturas ideológicas anti-liberales y anti-parlamentarias expresadas ya “con claridad, precisión, amenidad y buen gusto” (cfr. Fernández 385) en sus primeros estudios histórico-políticos, *Reflexiones sobre los principios y resultados de la Revolución de 1891* (1899) y *Bosquejo histórico de los partidos políticos* (1903), A. Edwards se traslada nuevamente a Santiago y abraza el periodismo y la ficción literaria. Entre 1912 y 1913, llena muchas columnas de *El Mercurio* de Santiago con sus artículos y colabora, además, con *La Causa Justa* y la *Revista de Valparaíso*. Como órgano de expresión de sus inquietudes literarias crea en 1913 junto con Joaquín Díaz Garcés la culturalmente muy importante revista mensual *Pacífico Magazine*, en la cual publica sus cuentos fantásticos y policiales, usando los seudónimos Miguel de Fuenzalida, J.B.C. y E.U.P.

En el cuento “La catástrofe de la Punta del Diablo” (1914) (CPD), introduce en Chile con la creación literaria del “ingenioso, audaz y justiciero” detective privado Román Calvo, “la técnica del suspenso y de la investigación deductiva para resolver situaciones delictuales, a la manera de Arthur Conan Doyle y Edgar Allan Poe” (Fernández 386).

Entre 1913 y 1921, Edwards escribe nada menos que diecisiete cuentos con el detective Román Calvo como protagonista, empleando un estilo “claro y simple, directo siempre, que no cuenta con ningún adorno especial” (Silva 21) y que usaba también para redactar sus trabajos geográficos, históricos o periodísticos.

En la tercera y última etapa de su vida (1922-32) se consagra como historiador, ante todo, a través de su famosa obra *La fronda aristocrática* (1928) (LFA), “que busca la recuperación de una especie de paraíso perdido [...] como recurso para la reconstrucción de la unidad nacional” (Lillo 33). Aquí lamenta, ante todo, el hecho de que en el seno de las sociedades civilizadas surgió “el proletariado, es decir, el pueblo, desprovisto de los sentimientos hereditarios y tradicionales de la cultura y que no obedece ya, como los burgueses mismos, sino a instintos materialistas de goce y dominación” (LFA 274). Esta y otras observaciones, que manifiestan claramente su espíritu aristocrático, han llevado a Sergio Villalobos (citado en Lafourcade 26) a descalificarlo junto con Encina y Eyzaguirre como una de las tres cabezas del “revisionismo aristocrático”, como un conservador “vinculado a la alta burguesía comercial y bancaria” que vio únicamente en la clase aristocrática al sujeto de la historia que percibió separada del contexto social y económico.

Especialmente relevante es también el hecho de que el historiador A. Edwards, que, por un lado, pretendía comprender e interpretar intuitivamente la historia chilena, la percibe, por otro lado, como un río que encuentra su explicación en su propio devenir, revelando así un “concepto biólogo de la historia” (Zamorano 126). Dentro de este concepto de historia, las ideas de libertad casi no aparecen, “en cambio los conceptos de determinismo y de regularidad asoman con frecuencia. El hombre

cuenta escasamente o nada –privado de su libertad o inmerso en la historia como mero espectador” (Zamorano 128).

De esta forma, queda clara la vigencia del pensamiento positivista también en su tercera etapa. Según Mario Góngora, los teóricos que influyeron especialmente en su primera y segunda etapa, la cual nos interesa aquí especialmente por su creación literaria, “fueron principalmente Burke, Carlyle y Taine. Efectivamente, el tradicionalismo empírico del uno, el culto de los grandes personajes del otro, la crítica científica de la Revolución del último, han influido decisivamente en Edwards” (Góngora 411).

Ahora, la fusión y complementación de un decidido espíritu empirista y positivista conservador y de una dosis de comprensión intuitiva es patente no solo en la figura del detective Sherlock Holmes, creado por el médico inglés Arthur Conan Doyle en 1887, sino también en su émulo chileno, apodado con cierta razón por A. Edwards como “el Sherlock Holmes chileno”. Según Tito Mundt, “[l]os cuentos fueron devorados por el público. Y no es raro. Guardando el sentido de las proporciones, el detective aficionado chileno tenía más ingenio y más garra policial que sus ya célebres colegas europeos” (13). De hecho, ya en “El Doctor Schöneman” (1913) (EDS) –su primer cuento policial aún sin Román Calvo como protagonista–, A. Edwards hace competir a Sherlock Holmes con su narrador Miguel de Fuenzalida, el Dr. Watson chileno, y luego, en el cuento “El marido de la señorita Sutter”, con Román Calvo, su detective chileno. En ambos casos los detectives chilenos se revelan como más suspicaces.

Veamos ahora más detalladamente los rasgos característicos de este segundo más antiguo detective chileno¹, siempre e inevitablemente en comparación con su colega inglés.

Comenzando con su descripción física y psicológica general, Miguel de Fuenzalida, el narrador de A. Edwards, de la misma forma que el Dr. Watson introduce a Sherlock Holmes al comienzo de la primera novela policial de A. Conan Doyle, describe a Román Calvo en el primer capítulo del ya mencionado primer cuento con él como protagonista de la siguiente manera:

Extraño sujeto era Román. Figúrese el lector un jovencito moreno, pequeñito, flaco, de ojos negros, penetrantes y de mirar incierto. El desaliño de su traje, lo brusco e imprevisto de sus modales, la nerviosa movilidad de todos

¹ El detective chileno más antiguo es Carlos Olmos, creado por Juan Espinosa, alias Juan Doble, en 1912, en la novela *La muerte misteriosa de José Marini*.

sus miembros, le traicionaban por ‘raro’ y excéntrico, sin necesidad de mayor examen. Vivía de una corta renta, ocupado siempre en cosas inverosímiles: coleccionaba insectos, hacía experimentos de química y mostraba gran afición por la genealogía y la heráldica (CPD 415).

Al leer esta descripción personal cualquier persona conocedora de los detectives clásicos anteriores a Román Calvo se da cuenta de que Edwards le otorgó a su detective no solamente rasgos de Sherlock Holmes, sino también de los detectives Auguste Dupin, de E. A. Poe, y el Padre Brown, de G. K. Chesterton. Con el último comparte solo su baja estatura y sus “apariencias de distraído” (CPD 416) e insignificante. A Dupin se le parece mucho más, especialmente en su apariencia de aristócrata bohemio, solitario, mal vestido, excéntrico, de mirada penetrante y nervioso, que se dedica a sus hobbies como, por ejemplo, a estudiar la historia de los aristócratas chilenos, porque no necesita trabajar para vivir tranquila y modestamente “en la calle de San Ignacio, más allá de la Avenida Matta, frente al Parque Cousiño”, “rodeado de libros y papeles viejos” (MC 31). Es un hombre con un gran “espíritu de observación” y una “poderosa memoria” que lo convierte en “una especie de enciclopedia viva” (CPD 416), dado que nunca olvida nada de lo que ha leído.

Sus grandes conocimientos históricos, su capacidad de observación, sus experimentos de química y su afición a la entomología, que le han traído el sobrenombre del “loco de las cucarachas” (CB 221)², sin embargo, lo asemejan claramente a Sherlock Holmes, quien, además, no deja de tener algunos rasgos excéntricos. No hay que olvidar en este contexto, que Arthur Conan Doyle se apropia de ciertos rasgos de Dupin al crear su propio detective.

Al igual que sus dos antecesores Dupin y Holmes, R. Calvo es un personaje retraído, poco sociable, extremadamente solitario y serio, a quien le gusta trabajar solo, dado que confía exclusivamente en sí mismo. Calvo siente que lo separa un abismo de la gente común y corriente, ante todo, le apesta el “gentío rumoroso y mal oliente” (CB 221), lo que lo convierte en una persona aun menos asequible que el mismo Sherlock Holmes, a quien los clientes se dirigen directamente, mientras que en la obra de Edwards todas las personas recurren a Miguel de Fuenzalida para acceder a Román Calvo.

² En este aspecto había que destacar también su parecido con William Legrand, el protagonista-detective del cuento “El escarabajo de oro”, quien es igualmente un gran lector, colecciona escarabajos rarísimos y es calificado como loco por su ayudante de color. Legrand, sin embargo, a diferencia de Román Calvo, vive en una isla alejada.

Consecuencia de su forma de vida aislada y altanera parece ser su permanente mal humor y su frecuente rechazo a atender los casos solicitados. A menudo critica y hasta increpa (cfr. SC 72) a su amigo y narrador Miguel de Fuenzalida, –el Dr. Watson chileno, con quien no vive en una misma casa–, por llevarle gente que espera de él la solución de sus problemas. Esto se debe, por lo menos en los primeros casos, también al hecho de que Calvo no se había decidido aún “a abrazar la profesión de detective privado” (TV 17). Al igual que su homólogo inglés, Fuenzalida a menudo no entiende las actitudes y los razonamientos de su ‘jefe’, pero lo admira aún más. Expresiones como “[t]odo eso será para Román juego de niño” (TV 27), o los adjetivos incomparable, genial, portentoso y fantástico aplicados a Calvo, revelan el altísimo grado de admiración de Fuenzalida que cumple, así, al igual que Watson y el narrador en los cuentos policiales de Poe, por un lado, la función de representar la mentalidad común de la gente, y, por otro, la de enaltecer y destacar la genialidad del detective cuyas hazañas relata.

El hecho de que el narrador de los relatos con Román Calvo como protagonista sea un miembro de la aristocracia criolla chilena, parece corroborar solamente las arriba ya mencionadas intenciones de Alberto Edwards de recalcar la importancia de esta clase social. Miguel de Fuenzalida efectivamente goza de una mayor independencia personal y profesional. Esto se muestra especialmente en el hecho de que A. Edwards le encarga resolver el primer caso del Dr. Schöneman que Fuenzalida efectivamente resuelve, sin embargo, solamente después de haber sido puesto sobre la pista correcta por el mismísimo Sherlock Holmes. Otro ejemplo de este escaso mayor grado de colaboración de Fuenzalida en la resolución de los casos policiales se encuentra en el cuento “El despojo sangriento”. Como Román Calvo sabe la solución del caso desde un comienzo, permite que Fuenzalida intente resolverlo. Este se esfuerza por imitar lo mejor posible a su adorado modelo, exponiéndose, además, a la burla del agente de policía encargado del asunto. Cuando al final se reconoce vencido, Calvo lo deja en absoluto ridículo, vengándose, de esta forma, de las indiscreciones de su amigo Miguel de Fuenzalida que suele hacer públicas sus hazañas.

A pesar de que Fuenzalida no puede mostrar mucho más éxitos criminalísticos que su colega inglés, porque “[l]as ideas no acudían a [su] confuso cerebro” (DS 46), se cree con el derecho de descalificarlo. Por ejemplo, en el cuento “La prenda perdida”, lo caracteriza como “un gringo bastante vulgar y más que medianamente torpe” (PP 152). Queda claro aquí cierto desprecio social e intelectual, que en parte se debe también al hecho de que Alberto Edwards le otorga a su narrador, además de nobleza, todo un ideario propio, que se detallará más adelante.

Román Calvo, por su parte, tiene mucho más cuidado en descalificar a su colega inglés Sherlock Holmes, aunque, como ya observamos, está interesado en medirse con él y mostrar cierta superioridad, por lo menos en suelo americano. Mientras que Sherlock Holmes sale airoso en el primer cuento, poniendo a Miguel de

Fuenzalida sobre la pista correcta, en el cuento “El marido de la señora Sutter” no solo ésta le critica a él por su “carácter sostenido” (MSS 123) y al “sonso gringo” Watson por escuchar “a su amigo como si fuera un oráculo” (MSS 124), sino también Calvo lo hace reconocer un error, ante todo debido al hecho de que, en ligera actuación, no fue personalmente a Nueva Orleans para comprobar la identidad de la víctima, es decir, del marido de la señora Irene Palacios, Godofredo Valverde, confundiéndolo con el victimario, el hermano de la señora Palacios. La razón del error es, según R. Calvo, más bien cultural, dado que

[e]l pobre Valverde era un deschavetado y un bohemio, y la intriga suponía un hombre de calma y fríamente malo. Mi ilustre colega no supo ver eso, pero no es culpa suya. Sólo conocía a los personajes por las referencias que le enviara desde Santiago un individuo agrio. Mal psicólogo, incapaz de distinguir entre un pícaro redomado y un pobre diablo de ocasión. Es una prueba de que en materias de policía más vale un infeliz como Román Calvo trabajando en su casa que todo un Sherlock Holmes trabajando en la ajena (MSS 149).

Al liberarlo de culpa debido a la diferencia cultural, Calvo muestra su respeto a su colega inglés, a quien sigue considerando el mejor detective privado: pero solamente en Inglaterra. De esta forma, Calvo, a pesar de su ‘victoria’, declara un empate en la competencia buscada con Holmes, resumiéndola salomónicamente así: “Que bien se está Sherlock Holmes en Londres y Román Calvo en Santiago” (MSS 153).

Este respeto, sin embargo, Román Calvo no lo muestra en relación con los agentes de la policía, con los cuales, en general, se topa mucho menos que su colega británico. Al igual que Dupin y Holmes, Calvo suele recibir generalmente a través de su amigo Fuenzalida las “demandas de [sus] buenos oficios” por parte de los policías, que solamente son capaces de resolver casos fáciles (cfr. HSR 550 y DS 49). Por esta razón, Calvo los desprecia y los descalifica incluso fuertemente. Por ejemplo, a los policías de Minneápolis que en parte provocaron el error de Sherlock Holmes, los llama “[c]uatro veces bestias” (MSS 132), y en el cuento “El despojo sangriento” denomina a la “policía ‘fina’” unos “imbéciles” (DS 48).

El sentimiento de superioridad de R. Calvo en relación con los agentes de la policía se basa en su convicción general de proceder “como esclavo del orden [y] del método” (MC 36) en forma más metódica en sus investigaciones. En primer lugar, e imitando al positivista y empirista Sherlock Holmes, se considera un observador más agudo. No quiere saber “[n]ada de opiniones ni de sospechas ... El hecho... lisa y llanamente el hecho ... “es lo que le interesa. Y todos los hechos porque, según él, “[n]o hay detalle sin importancia” (LDS 566). En el cuento “El copihue blanco”, por ejemplo, nuestro gran “hombre observador” vio que Raúl se sirvió el salero y “los fiambres [...] con la izquierda” (CB 231), a pesar de que generalmente lograba disimular exitosamente el hecho de que era zurdo.

En el caso del cuento “El misterio de la cisterna”, son también dos observaciones agudas que capacitan a Calvo para resolver el problema. En primer lugar, la observación exhaustiva de unos sellos de correo permite la afirmación de que una determinada carta venía del estado de Florida (EE.UU.), y en segundo lugar, la “prueba material” de Calvo acerca de la culpabilidad del criminal en su observación, realizada sin lupa, de que solamente un vaso en el mueble estaba sin polvo en su fondo, hecho del cual Calvo deduce que “el asesino, a fin de borrar las huellas de su presencia en esta casa, lavó y secó perfectamente la copa en que bebió su víctima el fatal narcótico” (MC 41).

Un último ejemplo será el cuento “La catástrofe de la Punta del Diablo”, donde Calvo, al igual que Sherlock Holmes en su primera novela policial, investiga intensamente las huellas de las ruedas, en este caso de un automóvil, que seguían en línea recta hasta el borde del precipicio, lo que lo lleva a conjeturar que el chofer podría haber sufrido un calambre o un acceso de locura o que se suicidó (cfr. CPD 420).

Lo curioso de las observaciones de Román Calvo es ahora el hecho de que sirven también como base para sus interpretaciones y conjeturas acerca de los hechos históricos. En “La guerra a bordo del Aragón”, por ejemplo, Calvo le comunica a su amigo-narrador Fuenzalida “que sólo en estos últimos quince días h[a] anotado doscientos cincuenta y ocho observaciones, que aunque insignificantes, consideradas aisladamente, prueban en conjunto la inminencia de una terrible conflagración europea” (GBA 308).

Como ya vimos en dos casos, las observaciones realizadas por Román Calvo provocan inmediatamente sus respectivas deducciones y/o conjeturas. Otro ejemplo, lo podemos encontrar en el primer cuento policial de A. Edwards donde solamente Calvo se percata de la existencia de solo un grueso trozo de cuarzo, distinto de todas las otras piedras de granito en el fondo del barranco. Este trozo de cuarzo encontrado cerca del auto accidentado lo lleva a deducir que fue lanzado al auto para distraer al chofer y que al volcarse el auto al barranco el trozo cayó al suelo cerca del vehículo.

En los cuentos policiales “Sobre la pista del corsario” y “El hombre misterioso de la calle Santa Rosa”, por su parte, Román Calvo da muestras de su alta capacidad deductiva. En el primero deduce a partir de la fecha y de la distancia en que cuatro barcos ingleses desaparecieron o fueron destruidos, “que la navegación británica en estas costas se encuentra en presencia de un enemigo formidable... Un submarino que anda por lo menos treinta nudos por hora...” (SPC 250). En el segundo cuento, luego de observar con intensidad los supuestamente insignificantes números anotados sobre la cubierta de un Baedeker en francés, encontrado en la casa del Sr. Hahne, Calvo deduce lógicamente que se debe tratar de los kilómetros de distancia entre diferentes ciudades francesas y de los respectivos precios del tren. Así llega a la hipótesis de “que Hahne hiciera aquel largo trayecto [por el sur de Francia] con el

objeto de embarcarse en un puerto de mar, con destino a Chile” (HSR 553) y logra establecer el trayecto de Hahne desde Cannes a Burdeos. Una vez completado el itinerario de Hahne por ferrocarril mediante la deducción lógica, Calvo no considera “muy aventurado suponer que Hahne partió de Cannes para Burdeos con el objeto de embarcarse para Chile, con un niño que por un motivo u otro se quería hacer desaparecer” (HSR 554).

También en el cuento “Sobre la pista del corsario” Calvo se sirve de una suposición para avanzar en su investigación, pues cuando ha averiguado que la casa Puggger, habitada por alemanes y ubicada debajo de la pensión de la señora Crihimilda [sic], continuaba pagando “puntualmente el subido canon de sus almacenes”, aunque estaba cerrada, a Calvo no le es “difícil conjeturar dónde [los alemanes] fabricaban aquellos bultos inofensivos” (SPC 263) que destruyeron los cuatro barcos británicos.

De esta forma, Calvo, al igual que antes Sherlock Holmes, construye hipótesis y conjeturas a base de sus observaciones y deducciones lógicas previas. Estas hipótesis y conjeturas no presentadas al narrador, también son ignorados por el lector, que recién al final se entera de ellas y de su validez.

Aunque Román Calvo resuelve los casos policiales, ante todo, gracias a su capacidad extraordinaria de observación y deducción lógica y, en menor grado, a sus suposiciones y conjeturas, también le son muy útiles sus grandes conocimientos históricos. A diferencia de Sherlock Holmes, que se basaba mucho en sus conocimientos de famosos casos policiales adquiridos mediante la lectura de la prensa roja, Román Calvo es todo un historiador, al igual que su autor y creador. Por ejemplo, en el cuento “El tesoro y la viudita”, Calvo no da solamente una brillante demostración de su talento deductivo en el desciframiento de un documento críptico que recuerda la capacidad de desciframiento de William Legrand en “El escarabajo de oro”, de E. A. Poe, sino que también está enterado de hechos históricos y geográficos muy específicos, como, por ejemplo, lo que pasó en 1807 con la fragata inglesa Scorpion que transportaba mercancía de contrabando, el asesinato de su capitán, el tesoro en barras de plata que llevaba, etc., además de conocer muy bien la estructura geográfica de la costa chilena.

En “La pista de Don Antonio Pérez”, Calvo sabe que el nombre Zulema “es nombre de invención muy posterior al año 1917, y pertenece a la época de la literatura romántica española ... Antes de 1850 no era conocido...” (PAP 60-61). Más adelante sostiene que Rusia acostumbraba poblar Alaska con desterrados o deportados y que “los rusos hablan el español con el ceceo propio de los valencianos”, lo que para él es “cosa muy sabida”. Sobre la base de estos conocimientos históricos y geográficos, Calvo construye ahora “una verdadera cadena de hipótesis bastante atrevidas” (PAP 63) que le hacen avanzar en su investigación.

Muy grandes y útiles le son también sus conocimientos psicológicos y de la vida en general. En el cuento “Los dos sobrinos”, por ejemplo, Calvo deduce la inocencia de Patricio Iturrigoiri “a partir de sus declaraciones. Un criminal por torpe que sea, nunca proporciona tantas armas contra sí mismo... Un inocente, dice la verdad” (LDS 573). Otra deducción basada en sus conocimientos de la forma común de actuar del hombre, Calvo la realiza inmediatamente después al sostener que quien “se siente enfermo de un ataque repentino no se dirige a la cama... Ese es nunca su primer movimiento” (LDS 574). Así, deduce que don Marcelo Iturrigoiri no se tendió en su cama, sino que alguien lo puso allí.

En los cuentos “El hombre misterioso de la calle Santa Rosa” y “El marido de la señora Sutter”, Calvo sabe que el éxito de obtener una confesión de los involucrados “iba a depender en gran parte de la resolución que mostra[ran]”. Por eso sorprenden a Miss Ellen, sospechosa de haber colaborado con el secuestro de un niño, con la pregunta directa acerca “de su intervención en el desaparecimiento del niño Hugo De Mere, en 1884...” (HSR 568). La mortal palidez visible en el rostro de Miss Ellen, la violenta agitación de su pecho y la inmediata confesión comprueban que los conocimientos psicológicos de Calvo habían sido efectivos.

Algo parecido sucede en el segundo cuento mencionado, donde Calvo y Fuenzalida logran identificar al disfrazado Rufino Palacios gracias al hecho de que irrumpen sorpresivamente en su habitación, haciendo escapar de la garganta de Palacios las palabras que lo traicionarían: “¡Fuenzalida!!!, [...] ¡Román Calvo!” (MSS 146).

Otro aspecto del alma humana y de la vida que Calvo conoce, es, por ejemplo, el hecho de que “los hombres son sobre todo reservados cuando se trata de viudas. Detalle es éste que ha escapado a los psicólogos” (TV 21). Según él, un hombre como Luis, el protagonista masculino del cuento “El tesoro y la viudita”, que pertenece a “la raza de los soberbios”, “difícilmente se decidirá a casarse” con una viuda rica, porque “[I]e asusta la fortuna de su adorada. Ha corrido bastante mundo para saber que en el matrimonio manda quien tiene la llave de la caja...” (TV 22).

Ahora, lo que acerca a Román Calvo más al Padre Brown, el detective de G. K. Chesterton, que a Dupin y Holmes que saben leer solamente los pensamientos, pero que no penetran en el alma de sus adversarios criminales, es su capacidad de leer e interpretar los procesos psicológicos de los victimarios. Estos se convierten generalmente en “las pruebas morales” de Calvo que complementan sus “pruebas materiales”.

Ya en su primer caso policial, Román Calvo sabe que un hombre que lleva “una vida ociosa y opulenta, y también casi sin recursos”, y que no logra liberarse de su “obsesión del dinero y de los fáciles goces que proporciona” (CPD 425) es un firme candidato a convertirse en el asesino de su tío rico, cuando le consta que heredará su riqueza.

También en el cuento “El secuestro del candidato”, R. Calvo hace gala de sus amplios conocimientos psicológicos acerca de lo que el apego al dinero puede provocar en un hombre rico y con ambiciones políticas, como el candidato a senador Moisés Opazo, a quien supuestamente secuestraron. Desde el primer momento Calvo sospecha

de que no se trataba de un secuestro. No se saca así no más a todo un candidato a senador de un vapor de la carrera del norte, y cuando ese candidato es don Moisés Opazo, mucho menos.

Buen peine es el tal don Moisés; conozco su vida y milagros a fondo y bien de veras. Pertenece a una familia rica y antigua, en que el amor al dinero y el espíritu de empresa son una tradición. Su padre, un tal don Elías, vino a menos, se arruinó en ciertas empresas mineras y arrastró a no poca gente en su catástrofe.

La pobreza por una parte, y por la otra los atavismos hereditarios, hicieron de don Moisés desde temprano la verdadera pierna de Judas. Circulan las historias más divertidas acerca del origen de su fortuna. Puedes estar seguro de que nada ha hecho que merezca la cárcel. Es honrado como un artículo del código, pero pedirle caballerosidad, pensamientos altos, nobleza de alma, sería pensar en lo excusado.

Como todos estos impoderes de la vida en el campo de los negocios ha deseado figurar en política. Un asiento en el senado es, en este país, la consagración del hombre, su carta de ciudadanía y de nobleza. No es raro pues que don Moisés haya tomado interés por la cosa pública.

Fue, sin embargo, un entusiasmo del momento.

Cuando llegó la hora de girar contra el banco, en el alma de ese hombre han debido trabarse combates terribles. El, tan meticoloso, tan agrio en cuestiones en que se debatían doscientos pesos, no podía, sin que su naturaleza se haya sublevado, atreverse a derrochar doscientos mil. Ello se comprende en un ambicioso o en un fanático... En don Moisés Opazo, de modo alguno.

Y fijate que un hombre de negocios como ése, sólo da las batallas para ganarlas. Un sillón del Senado sería para él una inversión de fondos, pero... no es don Moisés Opazo quien vaya a comprar derrotas.

Acaso pensó en retirar su candidatura, pero su inmenso amor propio le retrajo seguramente de hacerlo.

Entonces ideó el secuestro (SC 81-82).

Calvo realiza aquí un análisis interesante y bastante probable de los sucesos psicológicos en el alma del candidato a senador Moisés Opazo, lo que revela sus grandes aptitudes en este campo.

Este largo trozo citado presenta, al mismo tiempo, una fuerte crítica de Román Calvo a la sociedad chilena, y especialmente a la clase política, que se compone, en

gran medida, de ricos, que, según el narrador, a menudo suelen llevar una vida superficial y frívola³, y que, además, ambicionan puestos políticos no para servir desinteresadamente al país, sino para asegurar de esta forma su riqueza y estatus social. Por eso, A. Edwards critica en este cuento, a través de la figura de su narrador, la forma mediante la que en el ámbito político se niega la comprensión a los externos al círculo, es decir, a los gobernados. Por ejemplo, cuando el pomposo jefe del Partido Constitucional, el señor Próspero Pérez Urizar, le dice a Fuenzalida, mirando al mismo tiempo a su latero secretario Robustiano Manríquez y haciéndole “una imperceptible guiñadura”, que le explicarán todo, el perspicaz narrador sospecha a pesar de su “escasa experiencia en política [...], que el *todo* del señor Pérez Urizar significaba otra cosa que en el lenguaje corriente” (SC 70-71). Las ironías de Román Calvo van luego más allá cuando manifiesta sus dudas frente a los supuestos propósitos de servicio social de un político. Así, responde a un político que le exigía “solemnemente” y en nombre del país sus servicios con el siguiente “irónico desenfado”: “El país se encontraría mucho mejor si no hubiera tantas personas dispuestas a salvarlo” (SC 73). Esta ironización de los fines políticos se extiende más adelante a la calidad de los políticos que dirigen el país: “En elecciones se parte del principio de que un candidato vale cuanto tiene” (SC 76). Estas críticas se vuelven aún más agudas cuando Calvo sugiere a su historiador comenzar “a faltar a la ley” como los políticos suelen hacerlo “en correrías electorales” (SC 78).

Esta posición tan marcadamente crítica frente a los políticos que no encontramos en los relatos policiales de Poe, Doyle o Chesterton, se reafirma en el cuento “La Secretísima”, donde Román Calvo establece una comparación de la organización llamada *La Secretísima*—un grupo que actúa de incógnito, provocando miedo y demostrando poder—, con los partidos políticos, diciendo textualmente: “La

³ En el cuento “El tesoro y la viudita”, por ejemplo, Calvo dice lo siguiente respecto a su rico conocido Luis Medina:

Sucede con frecuencia en el mundo que para conocer a los hombres es necesario que éstos cambien de fortuna. Mientras fue rico, Luis pareció el más aturdido, el más superficial y el más frívolo de los mozos de sociedad. Su conversación sólo giraba alrededor de los caballos, de los automóviles y de las marcas de champagne. Hasta los negocios de Bolsa los decidía en el Club o en el Hipódromo. Revoloteaba como una mariposa, entre los placeres y las especulaciones (TV 19).

En el cuento “El marido de la señora Sutter”, Fuenzalida complementa esta visión de los ricos chilenos, suponiendo que pasan la vida en compañía de bellas y nada virtuosas señoritas “por todos los sitios de placer más afamados de Europa, empezando naturalmente por los centros de juego” (MSS 141).

Secretísima obra en la misma forma que los Partidos... Ordena y castiga, como ellos” (LS 102). Al comienzo del mismo cuento, el narrador Fuenzalida se refiere a su pasado político como diputado, confesando que se había quedado todo el verano en la capital con algunos ministros y otros hombres de buena voluntad, a fin de que los presupuestos no salieran demasiado tarde, cosechando, sin embargo, ninguna gratitud por su sacrificio. Otros políticos que, como por ejemplo, Eugenio Manzano, tampoco veraneaban, pero no para trabajar más, sino por el curioso y ansioso “temor de encontrarse enfermo en un posible cambio de Gobierno...” (LS 86).

Una primera crítica a la sociedad chilena en su totalidad encontramos en su primer cuento con Román Calvo como protagonista: su tendencia a imitar a otros y su falta de originalidad.

En este país las gentes no ganan dinero porque no quieren. Todos gustan de los caminos trillados. [...] Gana alguien poniendo un biógrafo, y no queda perro ni gato que no lo imita, hasta que hay tantos biógrafos, que todos se arruinan, incluso el primitivo autor de la idea... [...] Pero inventar una profesión nueva, un medio de vida original, esto no se le ocurre a nadie (CPD 417).

Otra crítica se refiere a las “malas lenguas, tan abundantes por desgracia” en Chile y específicamente en Santiago, donde “se habla mucho de herencias” y “medio mundo pasa la vida esperando que se muera el otro medio” (LDS 564).

El hablar mucho lleva ahora fácilmente a que las conversaciones “se desliza[n] hacia un punto igualmente grato a todos: el pelambre”, un deporte nacional practicado especialmente por “los ociosos” (CM 222). Por eso, Fuenzalida resume esta crítica a la sociedad chilena en la siguiente expresión: “¡País de habladores! [...] Nada puede hacerse aquí sin que lo sepa todo el mundo...” (SPC 255).

Detrás de esta crítica a la sociedad chilena afloran las posturas ideológicas conservadoras del historiador y político Alberto Edwards, quien, como ya lo mencionamos en la parte introductoria, pertenecía al Partido Nacional. Sin embargo, esta postura política conservadora se revela ahora en la figura del detective Román Calvo, ante todo, en su rechazo a la política o, más precisamente, a la ‘politiquería’. En varias ocasiones, Calvo confiesa que “no [s]e preocupa de política” (SC 75), que “no entendi[e] una palabra de política”, y que ella “no sólo [l]e aburre, sino que [l]e cripa los nervios” (LS 99 y 108). Esta, su supuesta ignorancia política, no le impide, sin embargo, burlarse de los políticos “con ingenuidad picaresca” y “con tono sarcástico y vibrante” (LS 100) o intervenir en ayuda de determinado político.

Por ejemplo, en “El secuestro del candidato”, Calvo le pide al candidato a senador Moisés Opazo, en nombre del presidente del Partido Constitucional, el señor Pérez Urizar, no burlarse de este partido, y lo hace apelando más a su sentido ético que político:

Yo no soy político pero comprendo, tan bien como Ud. debe comprenderlo, que al aceptar una candidatura un caballero contrae un compromiso de honor, que no tiene derecho a ocultarse de una manera indigna para ahorrar gastos de dinero o de amor propio... (SC 80).

En el cuento de mucha connotación política “Sobre la pista del corsario”, Calvo presta sus servicios, incluso, al “Ministro inglés [que] [le] ha pedido que [se] encargue de la pesquisa” (SPC 248) del supuesto submarino alemán.

Pero es en el cuento “La guerra a bordo del Aragón” donde Calvo muestra que es creación literaria de un historiador, esbozando todo un agudo análisis de las relaciones políticas internacionales de la segunda década del siglo XX, las que hacían inevitable el estallido de la Primera Guerra Mundial. Entre otros argumentos, expone que tanto el viejo emperador austríaco, “víctima en otro tiempo de la unidad alemana y de la unidad italiana, no querrá ahora ser también la víctima de la unidad servia [sic]”, como, por otro lado, el zar ruso “no puede tolerar un nuevo avance de Austria...” (GBA 308). Queda comprobado, así, la alta competencia de Román Calvo en asuntos políticos y que su supuesta ignorancia política es solamente una modesta máscara que le permite burlarse de los políticos chilenos.

En este mismo cuento, Calvo revela también su pensamiento antropológico conservador. Según él,

El alma humana no ha variado gran cosa desde los tiempos del viejo Príamo de Troya... No porque viajemos en ferrocarril y en Automóvil hemos dejado de ser animales de presa... Nos alimentamos de la carne y de la sangre como los tigres del desierto, ni más... ni menos... En cada hombre se encierra un militar.

[...]

No seamos hipócritas, Miguel... la guerra y el amor llenan por entero el alma de los hombres (GBA 309).

De esta forma, Calvo se opone a aquellos pensadores bastante utópicos que ingenuamente creen que el progreso tecnológico lleva casi automáticamente un progreso ético consigo, como lo hace en este cuento el francés de la Martinica, un “comunista y fanático paladín de la paz universal” (GBA 311).

La sabiduría conservadora basada en la experiencia de Román Calvo se expresa ahora en sentencias como que en cualquier parte del mundo “más vale ser marqués, con dinero, se entiende, que un rastacuero cualquiera, sin más adorno que el apellido” [...], que hay “muchas existencias sin objeto, sin cambios ni emociones, sin felicidad y sin desgracia” (PP 146), que los hombres somos una “miseria” y que “no acabaremos de conocernos nunca” (PP 147), que “[a]llí donde está el alma está el cuerpo” (SPC 258), que “[n]ada hay más perspicaz que el posible heredero de

muchos millones” (MC 40) y, finalmente, que “[a]l momento de morir muchos cambian de opinión, en materias religiosas” (MC 36).

Respecto a las últimas sentencias, llama la atención que Calvo, a pesar de cultivar “una especie de positivismo sui generis” (MC 29) y de “no cre[er] en nada” (LDS 565), porque supuestamente confía solamente en los hechos empíricos, menciona a menudo el paso “a mejor vida” (CPD 416) o el vuelo “al cielo” (MSS 561), lo que se podría calificar tal vez como un uso común de giros idiomáticos sin pensarlo mayormente. Sin embargo, hablar de una “habilidad verdaderamente diabólica” (MSS 566), de una sonrisa “mefistofélica” (GBA 312), de un rapto diabólico o del hecho que determinadas personas tuvieron “al diablo de su parte” (SPC 255), hacen difícil de excluir la fe en la existencia del mal o del maligno. Esto queda comprobado por la referencia explícita a su divina contraparte. En el cuento “El misterio de la cisterna”, Calvo argumenta enfáticamente que “¡Dios lo ha querido así!” (MC 41), en “La guerra a bordo del Aragón” expresa el deseo de que “quiera Dios” (GBA 315) que suceda determinada cosa, y, en “El marido de la señora Sutter” se muestra confiado en que “Dios [l]e entiende” (MSS 123). Sin embargo, el ejemplo más convincente de la fe de Román Calvo en Dios es su siguiente sentencia: “La Providencia, sabia compensadora de los bienes y de los males, no consiente por lo regular a los ricos otros goces que los que se compran con dinero” (TV 19).

De esta forma, Alberto Edwards une también en su detective literario el ímpetu empirista y positivista con el pensamiento conservador abierto a la dimensión trascendente.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

De Ramón, Armando, “Paradojas y espejismos de la historiografía chilena contemporánea (1920-1950)”, *Mensaje* 246 (Santiago, febrero 1976): 41-47.

Edwards, Alberto, *Román Calvo. El Sherlock Holmes Chileno*. Santiago: Pacífico, 1953. (Contiene los siguientes seis cuentos: “El tesoro y la viudita” (TV), “El despojo sangriento” (DS), “La pista de don Antonio Pérez” (PAP), “El secuestro del candidato” (SC), “La *Secretísima*” (LS) y “El marido de la señorita Sutter” (MSS).

———, “El copihue blanco”, *Pacífico Magazine* 63 (marzo 1918): 221-31 (CB).

———, “El doctor Schöneman”, *Pacífico Magazine* 3 (marzo 1913): 417-26 (EDS).

———, “El hombre misterioso de la calle Santa Rosa”, *Pacífico Magazine* 17 (mayo 1914): 545-70 (HSR).

———, “El misterio de la cisterna”, *Pacífico Magazine* 37 (enero 1916): 29-42 (MC).

———, “La catástrofe de la Punta del Diablo”, *Pacífico Magazine* 16 (abril 1914): 415-29 (CPD).

- , “La guerra a bordo del Aragón”, *Pacífico Magazine* 21 (septiembre 1914): 307-19 (GBA).
- , “La prenda perdida”, *Pacífico Magazine* 32 (agosto 1915): 146-56 (PP).
- , “Los dos sobrinos”, *Pacífico Magazine* 54 (junio 1917): 563-75 (LDS).
- , “Sobre la pista del corsario”, *Pacífico Magazine* 51 (mayo 1917): 247-63 (SPC).
- Góngora, Mario, “Reseña”, *Historia* 14 (Santiago, 1979): 409-414.
- Fernández Fraile, Máximo, *Historia de la Literatura Chilena*. Tomo II. Segunda edición. Santiago: Salesiana, 1996.
- Lafourcade, Enrique, “La prueba de la blancura”, *Qué Pasa* 489, *Crónica de Lafourcade* (Santiago, 28 de agosto al 3 de septiembre 1980): 26-27.
- Lillo, Mario, “Tropos y alegorías en el ensayo histórico chileno: *La Fronda Aristocrática* de Alberto Edwards”, *Taller de Letras* 32 (2003): 27-34.
- Mundt, Tito, “Chile también tuvo su Sherlock Holmes”, *La Tercera*. Suplemento *Correo del Sábado* (Santiago, 26 de abril 1969): 3.
- Silva Castro, Raúl, *Don Alberto Edwards: biografía y bibliografía*. Santiago: Universitaria, 1933.
- Zamorano, Manuel, “Teoría e idea de la historia en Alberto Edwards Vives”, *Dimensión histórica de Chile*, 4-5, 1987-88. 97-135.

RESUMEN / ABSTRACT

El abogado, diputado, ministro, ensayista y cuentista chileno Alberto Edwards (1847-1932), usando el seudónimo Miguel de Fuenzalida, introduce en 1914 la figura del ingenioso, audaz y justiciero detective privado Román Calvo como protagonista de diecisiete cuentos policiales. Convencido del estado de decadencia de su país, el cual se manifiesta, según él, en la pérdida del respeto de la tradición, de la autoridad y de las jerarquías sociales, Edwards crea con Román Calvo un detective que encarna su propio espíritu aristocrático-conservador y empirista-positivista, es decir, un auténtico Sherlock Holmes chileno digno de competir con su célebre colega inglés. Efectivamente, al usar casi la misma metodología de investigación, Román Calvo vence a Sherlock Holmes, en dos ocasiones y en suelo hispanoamericano, mientras éste se mantiene invencible en Inglaterra. Edwards respeta y estiliza el ‘modelo’ policial angloamericano clásico y muestra también sus límites destacando rasgos culturales propios de los chilenos en una asimilación predominantemente híbrida.

ALBERTO EDWARDS AND HIS CONSERVATIVE DETECTIVE ROMÁN CALVO

Chilean lawyer, politician, historian, essay and short story writer Alberto Edwards (1847-1932) introduced in 1914 the character of the witty, daring and avenging private detective Roman Calvo, the hero of seventeen detective short stories. Convinced of the moral decadence of his country –manifested, in his view, in the loss of respect for tradition, authority and social hierarchies– Edwards created in Roman Calvo a detective who embodies his aristocratic-conservative and scientific-empiricist spirit:

a true Chilean counterpart to Sherlock Holmes. Using for the most part the same method of investigation, Roman Calvo outdoes Sherlock Holmes on two occasions on Spanish American soil while the latter remains unsurpassable in England. In this way, Edwards follows and refines the classical Angloamerican detective genre, introduces Chilean cultural traits, and produces thereby a predominantly hybrid assimilation of the narrative subgenre of the detective story.